

Michael
Connelly

ESTRELLA DEL DESIERTO

Traducido del inglés por
Javier Guerrero Gimeno

Título original: *Desert Star*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Little, Brown & Company, New York, New York, USA. Todos los derechos reservados.

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2022 by Hieronymus, Inc.
© de la traducción: Javier Guerrero Gimeno, 2023
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1148-164-9
Depósito legal: M. 5.573-2023
Printed in Spain

En memoria de Philip Spitzer, que creyó en Harry Bosch

Primera parte

La biblioteca de las almas perdidas

Bosch tenía las pastillas preparadas, alineadas en la mesa. Estaba vertiendo agua de la botella al vaso cuando sonó el timbre. Se quedó sentado, pensando en no hacer caso. No esperaba a nadie. Su hija tenía llave y nunca llamaba a la puerta. Sería algún vendedor o un vecino, y ya no conocía a ninguno de sus vecinos. El barrio había cambiado mucho en los últimos años y, después de más de tres décadas allí, Bosch había dejado de dar la bienvenida a los recién llegados. De hecho, disfrutaba de ser el viejo expolicía cascarrabias del barrio al que la gente temía acercarse.

Pero la segunda llamada al timbre vino acompañada de una voz que lo llamó por su nombre. Una voz que reconoció.

—Harry, sé que estás ahí. Tu coche está aquí delante.

Bosch abrió el cajón de debajo de la mesa. Contenía cubiertos de plástico, servilletas y palillos chinos de paquetes de comida para llevar. Barrió las pastillas con la mano para que cayeran al cajón y lo cerró. Luego se levantó y se acercó a la puerta.

Renée Ballard estaba en el escalón. Bosch no la había visto en casi un año. Parecía más delgada de lo que recordaba. Distinguió el punto donde su *blazer* se había abultado sobre el arma que llevaba en la cadera.

—Harry.

—Te has cortado el pelo —dijo Bosch.

—Hace tiempo, sí.

—¿Qué haces por aquí, Renée?

Ella torció el gesto como si hubiera esperado un recibimiento más afable, pero Bosch no sabía por qué esperaba eso después de cómo habían terminado las cosas el año anterior.

—Finbar —dijo ella.

—¿Qué?

—Ya lo sabes. Finbar McShane.

—¿Qué pasa con él?

—Sigue libre. En algún sitio. ¿Quieres intentar encontrar pruebas conmigo o prefieres quedarte saboreando tu rabia?

—¿De qué estás hablando?

—Si me dejas entrar, puedo explicártelo.

Bosch dudó, pero luego se apartó y levantó un brazo, haciéndole una seña para que pasara, aunque lo hizo de mala gana.

Ballard entró y se quedó al lado de la mesa.

—¿No hay música? —preguntó Ballard.

—Hoy no —dijo Bosch—. ¿Así que McShane?

Ballard asintió con la cabeza, entendió que tenía que ir al grano.

—Me pusieron a cargo de los casos de la nevera, Harry.

—Lo último que supe era que habían cerrado la Unidad de Casos Abiertos. La desmantelaron porque no era tan importante como poner agentes de uniforme en la calle.

—Eso es verdad, pero las cosas cambian. El departamento está presionado para trabajar en casos sin resolver. Sabes quién es Jake Pearlman, ¿no?

—Un concejal.

—De hecho, es tu concejal. A su hermana menor la mataron hace mucho tiempo. Nunca se resolvió el caso. Cuando lo eligieron concejal se enteró de que la unidad se había desmantelado discretamente y de que nadie se ocupaba de los casos abiertos.

—¿Y?

—Y yo me enteré y fui a hacerle una propuesta al capitán: que me trasladara de Robos y Homicidios para reconstituir la Uni-

dad de Casos Abiertos, investigar los casos que siguen en la nevera.

—¿Tú sola?

—No, por eso estoy aquí. En la décima planta accedieron: un agente jurado (yo) y el resto de la unidad, compuesto por policías en la reserva y voluntarios y subcontratados. La idea no se me ocurrió a mí. Otros departamentos usan el mismo modelo desde hace años y están resolviendo casos. Es un buen modelo. De hecho, si pensé en eso fue por tu trabajo en San Fernando.

—Entonces, me quieres en esta... brigada, o como la llames. No puedo estar en la reserva. No pasaría las pruebas físicas. ¿Correr una milla en menos de diez minutos? Imposible.

—Exacto, serías voluntario o haríamos un contrato. He sacado todos los expedientes del caso Gallagher. Seis carpetas para cuatro asesinatos; estoy segura de que es más material que el que te llevaste. Podrías volver a trabajar, oficialmente, en McShane.

Bosch se lo pensó un momento. McShane había exterminado a todos los miembros de la familia Gallagher en 2013 y los había enterrado en el desierto. Sin embargo, Bosch nunca había conseguido demostrarlo. Y luego se había retirado. No había resuelto todos los casos que se le habían asignado en casi treinta años de investigar asesinatos. Ningún detective de homicidios lo había hecho nunca. Pero con los Gallagher se trataba de una familia entera y era el caso que Bosch más odiaba tener sobre la mesa.

—Sabes que no me fui en buenos términos —dijo—. Me marché antes de que pudieran echarme. Luego los demandé. Nunca me abrirán otra vez la puerta.

—Si quieres, está hecho —dijo Ballard—. Ya lo he pactado antes de venir aquí. Ahora hay otro capitán y otra gente. Tengo que ser sincera, Harry, allí no hay mucha gente que te conozca. ¿Cuánto hace que te fuiste? ¿Cinco años? ¿Seis? Es un departamento diferente.

—Apuesto a que se acuerdan de mí en la décima.

La décima planta del Edificio de Administración de la Policía era el lugar donde estaba la Oficina del Jefe de Policía y el lugar que ocupaba la mayoría de los mandos del departamento.

—Bueno, mira, ni siquiera trabajamos en el EAP —dijo Ballard—. Estamos en Westchester, en el nuevo archivo de homicidios. Nos ahorra mucho politiquero y miradas entrometidas.

Eso intrigó a Bosch.

—Seis carpetas —dijo en un murmullo audible.

—Apiladas en un escritorio vacío que lleva tu nombre —dijo Ballard.

Bosch se había llevado copias de muchos documentos del caso al retirarse. La cronología y los informes que consideraba más importantes. Había trabajado en el caso de manera intermitente desde entonces, pero tenía que reconocer que no había llegado a ninguna parte, y Finbar McShane seguía en algún sitio, viviendo en libertad. Bosch nunca había encontrado ninguna prueba sólida contra él, pero en sus entrañas y en su alma sabía que era el asesino. Era culpable. La oferta de Ballard resultaba tentadora.

—Entonces, ¿vuelvo y trabajo el caso de la familia Gallagher? —dijo.

—Bueno, lo trabajas, sí —dijo Ballard—. Pero necesito que trabajes también en otros casos.

—Siempre hay una trampita.

—Necesito presentar resultados. Tengo que mostrarles lo mucho que se equivocaron al desmantelar la unidad. El caso Gallagher va a requerir trabajo: seis carpetas a revisar, sin ADN ni pruebas de huellas dactilares que se conozcan. Es un hueso duro de roer, y no me importa, pero necesito que resolvamos algunos casos para justificar la unidad y mantenerla en marcha para que puedas ocuparte de un caso de seis carpetas. ¿Cómo lo ves?

Bosch no respondió de inmediato. Pensó en que, un año antes, Ballard le había dejado tirado. Había abandonado el departamento, frustrada con la política, con la burocracia, con la misoginia, con

todo, y habían acordado formar un equipo y trabajar juntos en privado. Luego el jefe de policía la atrajo con la promesa de dejarla elegir puesto y ella le dijo que iba a volver. Eligió la División de Robos y Homicidios en el centro de la ciudad y ese fue el final de su planeada colaboración.

—Ya había empezado a buscar oficinas, ¿sabes? —dijo Bosch—. Había una bonita *suite* de dos habitaciones en un edificio que hay detrás del Hollywood Athletic Club.

—Mira, Harry —dijo Ballard—. Me he disculpado por cómo lo hice, pero tú tienes parte de culpa.

—¿Yo? Es absurdo.

—No, tú fuiste el primero que me dijo que es más fácil cambiar una organización desde dentro que desde fuera. Y eso es lo que decidí. Así que, culpame si eso te hace sentir mejor, pero, en realidad, hice lo que me dijiste.

Bosch negó con la cabeza. No recordaba haberle dicho eso, pero sabía que era lo que sentía. Era lo que le había dicho a su hija cuando estaba pensando en ingresar en el departamento tras las recientes protestas y el odio a la policía.

—Está bien, acepto —dijo—. ¿Tendré placa?

—Ni placa ni pistola —respondió Ballard—. Pero tienes esas seis carpetas. ¿Cuándo puedes empezar?

Bosch recordó por un instante las pastillas que había alineado en la mesa unos minutos antes.

—Cuando quieras.

—Bien —dijo Ballard—. Te veo el lunes entonces. Habrá un pase para ti en la mesa de entrada y luego te conseguiremos una tarjeta de identificación. Tendrán que hacerte una foto y tomarte las huellas.

—¿La mesa está al lado de una ventana? —Bosch sonrió al decirlo.

Ballard no sonrió.

—No tienes a la suerte.